
COLÓN Y LA CARTA TEMPLARIA

Autor:

Data de publicació: 07-06-2014

COLÓN Y LA CARTA TEMPLARIA

Por José Antonio Hurtado García

Debería ser ya una realidad que, tras casi dos siglos de estudios de todo tipo sobre la biografía de Cristóbal Colón, el tema relacionado con este personaje debería estar ya completamente resuelto, agotado, y sin embargo, no es así. Todavía siguen apareciendo trabajos que, en líneas generales, se apartan de la biografía «oficial», ofreciendo nuevas vías alternativas.

Y no es que el tema colombino «apasiona», como normalmente opinan los colombinistas, sino que con este controvertido dómine ocurre algo semejante a lo que sucede con la Orden del Temple: la falta de documentación sobre elementos esenciales de la biografía del uno y de las actividades o la organización interna de la otra es palpable, con el añadido de notoria y que la familia Colón fue una contumaz y prolija falsificadora de documentos, y de que una gran mayoría de los testimonios escritos que han llegado hasta nosotros son copias de unos originales que se extraviaron hace ya tiempo y no aparecen en los archivos donde se supone que deberían estar custodiados.

Si a todas estas circunstancias añadimos los indicios reales de
que las tierras americanas pudiesen ser
ya conocidas en algunos círculos de la
Cristiandad, indicios que van desde las
menciones de los autores clásicos griegos y
latinos hasta la famosa carta de Piris
Reis, así como la teoría de un descubrimiento
previo al colombino, teoría que nació prácticamente en
el mismo instante en que retornaron los nautas
del Primer Viaje, y que el profesor Manzano ha
desarrollado muy hábilmente, nos
encontramos con un terreno abonado para
motivar a muchos al estudio del personaje y
la documentación que le rodea, y, desde luego, a proponer
su propia alternativa biográfica.

Supuestos a priori de la obra

Los indicios más relevantes referentes al conocimiento de las tierras allende la
Mar Océana que, desde muy antiguo, han
suscitado sospechas en todo tipo de investigadores han
sido, por un lado, la expansión económica
europea del siglo XIII, que queda asociada a
la Orden del Temple, y, por otro, la extraña
desaparición del grueso de la flota de esa Orden
tras el encarcelamiento de los caballeros
en 1307 y la posterior orden de disolución de
la misma en el concilio de Vienne (Francia). Y quizás se
hubiese especulado aún más si alguien
anterior a mí se hubiese percatado de
que el último día de existencia de la Orden
como tal, quiero decir el día previo a la
detención y encarcelamiento de los caballeros
templarios, fue un 12 de octubre, exactamente
los mismos día y mes en que Colón fija su toma de
posesión, en nombre de los Reyes Católicos,
de la primera tierra americana de
que tenemos constancia escrita: Guanahaní.

Pero Colón y la carta templaria, el libro en que yo transcribo esta y otras tesis relacionadas con tan sugestivo tema, no es, como pudiera pensarse, un ensayo basado en simples conjeturas, sino un estudio riguroso y científico de las matemáticas implicadas en la navegación antigua y medieval, y el desarrollo cartográfico que se fue generando en cada momento de la Historia según avanzaban los conocimientos matemáticos de las distintas civilizaciones, griegas, romanas, islámicas. Así, el estudio comienza en el siglo II a. C. y finaliza en la carta de navegación que los portugueses poseían y que se plasmó en el Tratado de Tordesillas, carta que el rey portugués Juan II había recibido de su pariente don Enrique el Navegante, gran maestre de los Caballeros de la Orden de Cristo, descendiente directa de la Orden del Temple en Portugal.

Por tanto, lo primero es partir de una teoría matemática perfectamente sólida y consolidada que permita explicar cómo desde el siglo II a. C. determinados navegantes podían cruzar el Atlántico y situar su posición en una carta de navegación, utilizando simplemente la regla y el compás, aun desconociendo los principios matemáticos en los cuales estaba basado el método que utilizaban, pero sin necesitar en absoluto la brújula para determinar su posición en lo que hoy conocemos como «longitud» y «latitud».

La segunda parte consiste en contrastar los parámetros de esa teoría con los datos que Colón ofrece en sus escritos, tanto de las navegaciones como los geográficos y cartográficos, que sistemáticamente han sido despreciados por los historiadores, y contrastar que los unos encajan en los otros perfectamente. Así, cuando Colón escribe en la introducción de su Diario que va a utilizar la «longitud del occidente» y la «latitud del equinoccial» como valores para representar un mapa, comprender exactamente lo que significan estos datos, a fin de no confundirlos con los actuales de «longitud» y «latitud», como se ha venido haciendo hasta ahora.

Tras varias verificaciones de los valores mostrados en los escritos del almirante, se llega a la conclusión de que Colón era una de esas personas que conocían perfectamente el método matemático de navegación que arranca en el siglo II a. C., aunque desconocía algunos de sus fundamentos, lo cual le obligaba a partir siempre de la isla canaria La Gomera en sus viajes, y, por supuesto, se demuestra fehacientemente que el valor de la milla que utilizaron las naves de la flotilla castellana en su primer viaje fue el mismo que utilizaban los marineros andaluces de la época y no cualquier

otro que «él se inventa» para que las naves lleguen a un
punto elegido de antemano, como se ha
afirmado por distintos estudiosos colombinistas.

Resta todavía por verificar lo que anuncié en mi libro La ruta T y D,
publicado en 1999 por el Gobierno de Canarias:
Colón tenía una copia del Atlas de Abraham y
Yahuda Cresques, de 1375, cuyo original
se conserva en la Biblioteca Nacional de
Francia. Queda, pues, por mostrar la forma como dicha
copia llegó a manos de Colón, ya que,
por comparación de las distintas zonas
cartográficas que tiene el Atlas y de las
noticias que tenemos sobre cartas musulmanas,
se ve que existe una zona del mapa
diseñada especialmente para naves que parten
del puerto de La Rochelle. Los judíos
mallorquines nos enseñan cómo fue la cartografía
que utilizó la Orden del Temple para
planificar y seguir la posición de los
distintos grupos de naves que integraban
su flota, y confirman lo que quedó expuesto por
mí en el Cáp. XXI de Codex Templi, que el
Temple tuvo una encomienda en Nicaragua, la cual
desapareció a causa de una erupción volcánica o de un terremoto,
que cerró el paso entre el lago Nicaragua y
el Pacífico.

Cuando todos los pasos anteriores están
resueltos, se pueden ir realizando las comprobaciones
históricas pertinentes, desde que desaparece la Orden del
Temple hasta que comienza la conquista
de las Canarias, y luego hasta la firma del Tratado de
Tordesillas, pasando posteriormente a analizar
los documentos de la biografía
colombina, para determinar así cuál pudo ser la realidad de
lo que se conoce con el nombre de
«descubrimiento» a la luz de toda la información
puesta de manifiesto por el trabajo
anterior.

Dificultades en la investigación descubridora colombina

Todo lo escrito anteriormente forma el trabajo sobre el que se asienta
 Colón y la carta templaria, aunque, lógicamente,
 no fue realizado en ese orden. Y no lo fue
 porque, cuando se comienza una
 investigación, rara vez se puede precisar
 cuál va a ser el resultado final de la
 misma: se va avanzando a través de ella
 completamente a ciegas, y, a lo largo del
 desarrollo, se cree que se han encontrado
 elementos nuevos que, posteriormente, resultan ser
 equívocos o presentan un significado distinto del que al
 principio les fue atribuido. Por ejemplo,
 uno de los puntos que jamás acepté sobre la
 biografía colombina apunta al hecho que afirma que los Reyes Católicos
 rechazaron las condiciones de Colón para el equipamiento del primer
 viaje, razón por la cual el navegante rompió las
 negociaciones y marchó de Santa Fe dispuesto a
 irse a Francia a negociar en aquel reino,
 pero los Católicos, después de reconsiderar las condiciones, dieron
 marcha atrás y acabaron aceptando todas sus
 peticiones.

Esa historia siempre me pareció falsa, y, sin embargo, existe en
 ella una gran parte de verdad. Colón
 negoció, en efecto, con el Rey Católico en la tienda real del campamento de
 Santa Fe, de ahí que las llamadas «Capitulaciones
 de Santa Fe» se encuentren en los
 archivos de la Corona de Aragón y no en Simancas,
 y que se aclare el tipo de almirantazgo
 que deseaba ostentar Colón. Precisamente
 por eso, el rey Fernando no pudo aceptar lo
 que solicita el navegante. Es entonces
 cuando, gracias a la mediación de Luis de
 Santángel, la reina Isabel, de modo privado
 (no como reina de Castilla), le ofrece la
 financiación de la empresa. En la historia
 transmitida hay una exageración, pero no es
 tan desafecta a la realidad como yo
 suponía en un principio, si bien he de
 reconocer que, a lo largo de toda la
 investigación, jamás llegué a considerarla como cierta hasta última
 hora, cuando quise estudiar las implicaciones
 del documento de las citadas «Capitulaciones».
 Ahí tuve que cambiar de opinión.

Mi obra y el problema editorial

Pero si el «trabajo de campo» no fue desarrollado en la forma que expuse, Colón y la carta templaria tampoco sigue la misma pauta. En primer lugar, por un problema de «espacio», el editor me encarga el libro con un determinado número de páginas, y, en esas páginas contratadas, no se puede condensar todo el volumen de información que ha supuesto mi labor investigadora. En segundo lugar, por razones obvias, no se puede escribir una obra de divulgación para «el gran público», siguiendo las pautas de un trabajo académico: la pesadez y la monotonía harían que se abandonase su lectura no más allá de la quinta página, y no cabe la menor duda de que lo que se ha escrito es un libro para especialistas o para gente muy interesada en estos temas, como es el caso del capítulo XXI de Codex Templi ya mencionado.

El libro, una narración de relatos náuticos y autobiográficos

Colón y la carta templaria no se ha planteado, pues, como un libro de historia, ni de ensayo histórico, sino como una narración de distintos relatos engarzados por el hecho común de la biografía colombina y del primer viaje que llevó a cabo el navegante, narraciones que, aparentemente, no tienen una secuencia cronológica pero sí un mismo hilo conductor, de tal forma que la diversidad de situaciones y momentos históricos que se encadenan a lo largo del texto tratan de dar amenidad y variedad a su lectura, intentando huir de la monotonía y el tedio, y procurando, al mismo tiempo, dejar al lector con la incógnita permanente de cómo y con qué va a continuar la narración.

Se salpica el texto de anécdotas personales del autor (siempre se dice que cualquier relato es una forma de autobiografía); sobre todo, las que hacen referencia a su niñez en Huelva o a su estancia en Sanlúcar de Barrameda, cinco después del cuarto viaje, con una especial dedicatoria a la duquesa de Medina Sidonia que, con mucha anterioridad al autor, ya defendía la tesis de que «No fuimos los primeros». Y el autor busca la complicidad del lector en elementos cotidianos como determinados vinos o mariscos o paisajes.

El autor intenta introducir al lector en algo tan fundamental para la comprensión de los textos como es la mentalidad de la época, cosa que no es tan sencilla como pudiera parecer en un comienzo, a juzgar por el rotundo fracaso que han cosechado muchos de los historiadores de prestigio que han estudiado esos textos, al llegar a interpretar equivocadamente frases tan sencillas como, por ejemplo, «dejé mujer e hijos para servir a V. A.», y, de una manera especial, en lo referente al problema de los judíos, conversos y ?marranos?, tan determinante en esa época para la comprensión de muchas de las acciones de gobierno que tuvieron que tomar los Reyes Católicos durante su reinado en cualquiera de ambos reinos.

Los templarios de Canarias y el paso a la «Mar Grande»

Y, por supuesto, siempre existe el telón de fondo de la encomienda templaria de Canarias, base para que una parte de la flota que se dirigía a esa otra zona de Nicaragua a través del río San Juan rindiese viaje en ese paso al Pacífico, que el Rey Católico estuvo buscando hasta 1506, aun después de fallecido el almirante, y bajase por la costa oeste del continente suramericano a los lugares donde negociaba la adquisición de plata y otros elementos de alta cotización en el mercado que le permitieron introducir en Europa los metales precisos para aumentar el efectivo circulante, sin bajar la ley de las monedas, gracias al control directo que la Orden ejercía sobre algunas cecas importantes de nuestro continente.

Que la flota del Temple había cruzado el «paso a la Mar Grande» a través de ese estrecho que buscó el rey Fernando es uno de los secretos que el almirante vendió al rey de Sos. Hoy sabemos que el famoso «tesoro» no iba con la flota, sino que ya lo había volatilizado Felipe de Francia en las reevaluaciones de moneda que realizó en 1308, para las toneladas necesarias 160 toneladas cuales fueron plata, que, si consideramos netas de una ley media del 1% y que toda esa plata proviniese de moneda, nos dan 16.000 toneladas de moneda como la cantidad necesaria para las medidas económicas del rey galo, cantidad que agota cualquier posible «tesoro» de la época. No disponemos de ninguna base históricamente contrastada para asegurar que ese «tesoro» no le fuese ofrecido también a Fernando

junto con la
Colón creía

situación
conocer.

final de la

flota que

Sobre todo,
que jalonó
de la
detalle de
Cristiandad,
de la
como las que
XIII)
una
objetivo que
varios
prestado
los
apoyar al
Orden,
«revitalizada»
curia
elegido
asumió el
1492.1503), lo que
siempre ha
Sidonia,
salió papa,
padre del

lo que
con éxito la
Cristiandad
la guerra de
la expulsión
península
se
Colón ha
documentos y
muchos
descendientes
aragonés,
fuese, en
y, para eso,
cardenalicia para que el
Papa (con el
destino de
defendido la
al postular
Colón no
futuro duque

ofreció
última de
(no hay que
Granada:
de los
Ibérica era
desarrollaron
cooperación
conquista de
dejado
al que no se
atención.
de la Orden
era
cierta
Fernando hubo de moverse con presteza entre la
nombre de
la Iglesia
confirma la
duquesa de
que, hasta
zarpó de
de Gandía en

Colón al rey
las Cruzadas
olvidar el
para toda la
musulmanes
tan Cruzada
en los siglos XII y
de la Orden
Jerusalén,
escrito en
le ha
Pero para
pudiesen
necesario
forma,
que la
que
Alejandro VI,
entre
tesis que
Medina
que el 'Borgia' no
Palos. El
la cúspide

de la necesario	Iglesia para poder	romana era «revitalizar»	absolutamente la Orden.
--------------------	-----------------------	-----------------------------	----------------------------

Los hermanos Pinzón y la trama corsaria

Resta aún por cuya cabeza Pinzón, pero Santángel, información atlánticas o desvalijadas	considerar una trama de visible es que es quien de las naves mediterráneas, y,	piratas y Martín manejada por proporciona que, en pueden ser posteriormente,	corsarios Alonso Luis de la travesías fácilmente se
encarga la porque tiene apertura de terrenos la zafra de para los mercados de una conversos haber semejanza de	de vender función del socios muy nuevas propicios caña de ingenios europeos, y, conspiración que desean reformado la la	las valenciano interesados tierras que para el azúcar y la azucareros o a su vez, de vengarse de Fernando el Católico por Inquisición castellana.	mercancías. Pero es compleja, en la proporcionen cultivo de venta de esclavos en los forma parte marranos y aragonesa a castellana.
Pero si el colocar a hermanos en el primer viaje, pelo de de la Cosa y firma un portugueses, Canarias (y no que trata de Portugal) y preparar con constituirá	rey Fernando los hombres Pinzón, como la reina Isabel, que tonta, la nao Santa pacto previo de ahí que por las ocultar el se dirija rápidamente el rey el Tratado	y Santángel de este hombres «de tampoco allí a Juan María, y, al viaje con Colón Azores como pacto con el a portugués lo de	logran último, los confianza» tenía un probablemente, los retorne por dice el Diario, rey Juan II de Lisboa a que Tordesillas.

El primer viaje colombino, entre el lauro y el desastre

En definitiva, el primer viaje es una amalgama de intereses
concluye, como no podía ser de dispares que otra forma,

José Antonio Hurtado García

0Facebook

0Google

0Pinterest

0Twitter

Libros de este autor

Actividad

Vídeos

Nacido en Madrid y residente actualmente en Santa Cruz de Tenerife.

Ingeniero Aeronáutico, Master en Dirección de Empresas y dos cursos de Doctorado en Historia.

Quince años dedicados en exclusiva a la investigación sobre el tema de la cartografía colombina y medieval culminan en éste libro primero de una trilogía que dará a conocer la realidad de ese fraude que conocemos como "descubrimiento de América".

Lo importante de éste primer libro es que cualquier lector puede comprobar sin necesidad de conocimientos especiales y sin acudir a archivos de bibliotecas que lo que afirmo en él es totalmente cierto.

Otros libros ya publicados:

La ruta T.I.D.

Codex Templi (coautor)

Cristóbal Colón y la Carta Templaria.

Cristóbal Colón y el Descubrimiento del Nuevo Mundo (coautor)

Fraude, mentiras y errores en el "descubrimiento" [...]

21.00€

